

LA

GALLINA BLANCA

CDD 808.814861

POEMA

POR

MANUEL URIBE *Velásquez,*

1862 - 1894



BOGOTA

IMPRESA A CARGO DE F. PONTÓN

1888

AL LECTOR.

DEBO una explicación á mis amigos, ó mejor dicho, á los amigos de Juan de D. Uribe, de la razón que me acompaña para sacar hoy este poemita desnudo del prólogo con que tan ingenioso escritor había ofrecido revestirlo; pues temo me suceda lo que á un comediante aragonés; y va de cuento:

Es de saberse que el tal cómico, que viajaba con una compañía dramática por el Reino de Asturias, ofreció al público una estupenda tragedia de Lope de Vega, en la cual estrenarían los actores unos vistosos trajes, muy particularmente el director y su mujer, que hacían los papeles del Rey y de la Reina. Llegó la noche de la representación, y la concurrencia fué inmensa; pero por más que se había pasado la hora de alzar el telón, no sonaba la campanilla. Impacientase el público, y con silbos y gritos atruena el recinto. Suena á las mil y quinientas la anhelada esquila, álzase el

trapo, y el director de la compañía, medio desnudo, se dirige á los espectadores en estos términos :

“ Respectable público : un repentino resfriado ha postrado en cama al sastre que fabricaba los reales trajes de SS. MM.; con todo, se ha logrado hacer muy de prisa la basquiña que llevará mi mujer, y mi frac. Se espera que los concurrentes disimulen el que la Reina se exhiba desnuda de medio cinto para arriba y el Rey de medio cinto para abajo.”

Preparábase yá nuestro comediante para improvisar el verso de estilo, cuando una intempestiva lluvia de guijarros cayó sobre sí, tan nutrida, que nuestro buen hombre no paró en tres calles.

No sé si á mí, actor medio desnudo en esta comedia de las bellas letras, me acaezca lo propio al dar la explicación ofrecida.

Y esto ya no es cuento.

Saben yá muy bien mis amigos, y hasta muchos que no lo son, que el inteligente escritor y chispeante crítico Juan de D. Uribe tenía preparado un prólogo para esta obra; y así lo había manifestado él mismo en el número 6.º del malogrado *Correo liberal*, en el que, al anunciar la publicación de “La gallina blanca,” insertó algunos fragmentos y lisonjeó mi pobre literatura con palabras de aliento.

Circunstancias especiales que no hay para qué mencionar, retardaron algunos días la aparición de esta lectura, y mientras tanto el manuscrito de Uribe yacía en su gabinete de estudio esperando la hora ;que no había de llegar! de venir á servir como de reflector á este desaliñado trabajo. Y como en este país se suceden hechos tan maravillosos, acaeció que un día, sin saber cómo ni cómo no, á mi prologuista le anocheció en Bogotá y le amaneció en New-York. No sé cómo diablos estos malditos escritores y periodistas colombianos se quejan tanto en sus diarios de las malas vías de locomoción y del tardo trotar de los mulos, cuando ellos saben mejor que nadie con cuánta velocidad se viaja hoy día de Bogotá al extranjero.

El repentino viaje de Uribe fué, pues, la causa de que el prólogo se hubiese traspapelado, y es ésta la razón que doy para no poder cumplir lo prometido.

No ha faltado más de un escritor generoso que me haya ofrecido recomendar estos pobres versos á la benevolencia del público ; mas como quiera que mi humildad literaria no se aviene con alabanzas, quizás hijas solamente de la amistad, y también por cierto respeto al derecho adquirido por el padrino nato de "La gallina blanca," hube de no aceptar tan nobles ofertas y de resolverme á

sacarla á la luz pública con su propio arreo y sin más galas que su plumaje blanco y sencillo, como conviene á su rústica condición.

Fáltame ahora dar una ligera noticia de la causa ú origen de esta obrita, para satisfacer la curiosidad de muchos.

Yo mismo no me doy razón de cuándo concebí el plan de "La gallina blanca." Él obedece, más que á una trabazón deliberada y fantástica, al fatal desenvolvimiento de una historia de amor que alberga mi corazón con santo recuerdo; ni más ni menos que como el amante desgraciado guarda con religioso respeto una flor ajada por el tiempo y desaromada por los besos y las lágrimas.

¿Y qué te puedo decir, paciente lector, á manera de introducción, sobre el enredo y desenredo y acerca de la intención moral de esta obrita?

"La gallina blanca" y Elvira son dos seres tan semejantes, moralmente hablando, que casi ... casi ... estoy por afirmar que son uno mismo. Pero no, me arrepiento, no puede eso ser así: la una al fin, al fin casóse, fué feliz y vivió mucho; la otra al cabo, al cabo casóse también, fué desgraciada y vivió poco. Sin embargo... siento tentaciones de afirmar que estas dos aves, ó muchachas, ó ángeles, ó como se las quiera llamar, son un solo sér, único é indivisible.

Cuanto á lo demás, hay en esta leyenda una anciana, como muchas, que trata de buscar un novio rico para su hija; la muchacha, que ya tiene puesto su corazón en un rapazuelo de su edad, se resiste á las insinuaciones de su buena madre. La vieja se pára en sus trece y la muchacha en los suyos, y sabe Dios á dónde hubieran ido á parar las cosas, si cuando menos lo piensa la inocente abuela, la historia de Blanca que se desenvuelve á su presencia, la viene á hacer caer en la cuenta de que sólo los nudos que ata el cieguecillo de la fábula, son los únicos que amarran las almas y hacen la felicidad.

He creído que el enlace de estos dos episodios, tan comunes en la historia del corazón humano, forman una gran lección de moral que puede corregir á seres extraviados que, por un interés mezquino, intenten romper las ligaduras de un amor infantil, puro y sincero.

Réstame ahora felicitar de antemano y muy de veras á mis críticos, que no faltarán; sobre todo á aquellos que se desviven por acechar á mansalva á todo novel escritor para hundirle por la espalda su oxidado lanzón, sin que jamás se llegue á descubrir los nombres de los asesinos. A los otros, á los que blanden hidalgo acero y hieren de frente, si hallaren este trabajo pueril ó baladí, que se hagan cargo de mi pecho, el cual desde ahora les pre-

sento, mientras los de arriba me comen por detrás.

Por lo demás, logre yo arrancar á una de tantas víctimas de las garras del *Interés*, vea bullir una expansiva é ingenua sonrisa en unos labios femeniles, ó rodar una lágrima por la enjuta mejilla de una anciana, y vengan más palos literarios sobre mí que garrotazos de yangüeses sobre los enfermos omoplatos del malaventurado andante D. Quijote de la Mancha.

M. U. V.

LA GALLINA BLANCA

CANTO PRIMERO

I

Pues diré que era hermosa como un cielo
la del lunar aquel que en la mejilla
tenía cual de negro terciopelo;
y, cosas singulares,
en su cuello de cisne,
otro lunar llevaba como un tizne:
pór Dios que era ese sér todo lunares!

II

Cuando yo lo miré por vez primera
y ví su planta breve
deslizarse, gentil, por la pradera;
cuando pude observar que eran de nieve
sus formas de contornos divinales;
y, en fin, cuando sus ojos encendidos
yo pude contemplar como esculpidos
por la mano de Dios sobre cristales,
de repente exclamé lleno de encanto:
es cosa peregrina
que la mano de Dios se esmere tanto
en hacer tan perfecta una gallina!

III

Gallina dije? no, si era una polla
muy fresca y muy lozana,
de siete y medio meses de nacida;
y en edad tan temprana,
aquella tierna polla era tenida
en todo el gallinero
por el ave mejor del mundo entero.
En verdad, era fama
desde el pueblo vecino á la alquería,
que el ave de mi cuento se vestía
con el mismo recato de una dama.
Sus plumas siempre blancas y aseadas
llevaba de tal suerte la polluela,
que en la vecina escuela
cual modelo ejemplar eran citadas.
Jamás llegó á reñir con sus hermanas,
ni menos con los pollos sus parientes;
odiaba las costumbres cortesanas
y nunca se juntó con malas gentes;
dormía siempre sola
en un limpio rincón del gallinero,
por cuidar con esmero
las tiernas plumas de su blanca cola.

IV

El gallo que era un viejo enamorado,
porque al fin era gallo,
ordenó al cunuco del serrallo,
que era un capón honrado,
que á la blanca pollita prefiriera

por encima de todas las gallinas,
que el maíz se le diera
molido cuando menos ó en harinas;
que se advirtiera pronto á los vecinos,
amigos y parientes,
y sobre todo á las imberbes gentes
(piedra tirada á los gallitos finos),
que esa ave candorosa,
de blanca pluma y mágicos lunares,
estaba destinada á ser la esposa
del soberano Rey de esos lugares;
y en fin, que se dijera á la nobleza
que acogíendose el gallo á cierto fuero,
pondría de la polla en la cabeza
la corona imperial del gallinero.

V

Era el caso que Blanca—éste es su nombre—
respetaba muchísimo á su madre,
una clüeca quintañona y fea
que á Blanca siempre le ocultó del padre
el nombre y la ralea.
La madre, aunque adoraba en la polluela,
con rigor la trataba y aspereza:
porque una vez la pobre de la escuela
se vino con dolor en la cabeza,
le pegó un picotazo en la garganta
tan fuerte, que se sabe
que si esa vez no se murió aquella ave
fué debido tan sólo á que era santa.
Lo que sí es bien sabido
es que á la polla por hermosa y casta